

» mi esposo ; era madre, y me habeis robado mis hijos : solo me  
 » queda mi sangre ; tomadla, y no me hagais padecer mas : »  
 Algunas horas mas tarde fué conducida en la fatal carreta, al  
 través de las imprecaciones de un vil populacho , pagado para  
 maldecirla. La reina echó una ojeada por las Tullerías, por  
 donde pasaba, y su vista produjo en ella la mas viva emocion. El  
 sacerdote le dijo que aquel era el momento de mostrar mas ánimo  
 que nunca. « Cuando mis males van á tener fin, no se crea que  
 » me faltará valor, repuso la infortunada reina. » Subió al ca-  
 dalso, se arrodilló, y levantando los ojos al cielo dijo : « Señor,  
 » alumbrad y convertid á mis verdugos. » Así pereció, á los  
 treinta y ocho años de edad, aquella princesa que mereció  
 tanto el amor de su pueblo, y que por recompensa de su real  
 vida, la acabó en un cadalso. Igual suerte le cupo á Madama  
 Elisabeth (Isabel). El Delfin murió víctima de los malos tratos  
 del infame zapatero Simon. Madama Real , reservada por la  
 Providencia á destinos mezclados de gozos y de lágrimas, se  
 sustrajo como por milagro de las manos de los verdugos : mas  
 tarde fué canjeada. El *Terror* fué desde entonces el sistema de  
 gobierno en Francia. Cuatro millones de víctimas de toda  
 edad, condicion y clase perecieron por la ambicion de Robes-  
 pierre, Cromwell abortado por la revolucion francesa, pero  
 que no tuvo del inglés sino la crueldad, mas no el talento. Se  
 dieron órdenes para el saqueo de todas las iglesias y supresion  
 del culto católico en Francia. Las iglesias poseian mas de  
 ochocientos millones en vasos sagrados y ornamentos precio-  
 sos ; ni aun entraron en el tesoro doscientos : todo lo demás  
 fué presa de los despojadores. En cierto dia, en medio de una  
 sesion convencional, se vieron entrar grupos de soldados reves-  
 tidos de ornamentos pontificales, é iban seguidos de hombres  
 del pueblo, en dos filas, vestidos de capas, casullas y dalmá-  
 ticas : aparecian despues en parihuelas gran número de cálices,  
 copones, custodias de oro y plata. La pompa sacrilega desfiló  
 al son de canciones patrióticas ; y los actores de esta escena  
 acabaron por abjurar públicamente todo otro culto que el de la  
 Razon y libertad. Renováronse iguales escenas en las provin-

cias. Por do quiera se veian hogueras donde se quemaban li-  
 bros de iglesia, púlpitos, confesonarios, vestiduras sagradas,  
 imágenes, cuadros, reliquias de santos, y el populacho bai-  
 lando, danzando y cantando himnos sacrílegos en derredor,  
 blasfemando de Dios. Se hicieron trozos las estatuas de santos,  
 cruces, relicarios : se fundió el hierro y bronce de las verjas y  
 campanas ; y aun hasta se echaron por tierra algunas torres,  
 so pretexto de igualdad republicana. Fueron profanados los  
 mausoleos y sepulcros, y echadas al viento las cenizas reales  
 de San Dionisio, y las reliquias y cuerpo de santa Genoveva  
 fueron quemados en la plaza de Greve. La divinidad de este  
 pueblo delirante fué la Razon, que en el mismo templo de Dios  
 vivo recibió sus homenajes, representada por mujeres prosti-  
 tutas. Los sacerdotes fueron trasportados á la Guyana y á los  
 pontones, donde la mayor parte murieron mártires de su fide-  
 lidad y fe. Muchos clérigos y obispos de la iglesia constitucio-  
 nal renunciaron sus cargos, apostataron, se casaron. Entre-  
 tanto los sacerdotes fieles, expatriados, recibieron en todas  
 partes, especialmente en España é Inglaterra, la cordial aco-  
 gida, y dieron en cambio una edificacion que mas tarde llevó  
 sus frutos. La muerte de Robespierre [ guillotinado por los  
 mismos suyos el 28 de julio de 1794 ], 9 thermidor año III,  
 puso fin á tantos horrores (1).

47. El Directorio sucedió á la Convencion. La Francia no  
 habia conservado de sus antiguas tradiciones sino la bravura  
 guerrera. Todas las potencias de Europa, Alemania, Prusia,  
 Holanda, Inglaterra, España y Cerdaña habian declarado  
 guerra á la Convencion. Generales improvisados, soldados sin  
 vestidos ni pan, habian rechazado á la Europa coalizada. La

(1) En España fueron acogidos con tanta religiosidad y amor, que solo en el ar-  
 zobispado de Toledo, el eminentísimo cardenal Lorenzana mantuvo á sus expensas  
 mil sacerdotes, dándoles á cada uno una peseta diaria y el honorario de la misa :  
 los distribuyó por los conventos, comunidades y cabildos. Lo mismo aconteció en  
 las demás diócesis, especialmente Sevilla, Valencia, Burgos, Tarragona, Cuenca, etc.  
 La mayor parte prefirieron morir en España á regresar á Francia en tiempo de Na-  
 poleon. Los pueblos iban en romería á visitarlos como confesores de la fe.

(El Traductor.)

guerra de la Vendée, donde *un pueblo de gigantes* había tomado en su mano la causa de la justicia y de la monarquía atropelladas, no logró que la Francia dejase el sendero del crimen, oprobio é infamia. En este momento, de en medio de tantas ruinas salió un nombre que la historia había de colocar mas tarde al lado del de Alejandro, Aníbal y César. Un joven Corso, educado en la escuela militar de Brienne, iba á cortarse un manto imperial con los restos de las monarquías derrocadas, y pasear su gloria desde las Pirámides al Tabor, desde el Nilo al Euxino. Bonaparte, cuyo ingenio se había ya señalado en el sitio de Tolon, fué nombrado general del ejército de Italia en marzo de 1796.

18. Pio VI había opuesto á la serie de actos revolucionarios un valor apostólico. Se había explicado con el mayor vigor contra la confiscacion de los bienes del clero, contra la toma de posesion del condado Venesino en nombre de la república, contra la escandalosa emancipacion de las órdenes regulares, contra las leyes del divorcio, del casamiento de los sacerdotes, asesinato y deportacion del sacerdocio fiel. No había usado contra tan inauditos atentados sino las armas espirituales, y en materia de política había observado estrictamente la mayor neutralidad, exigida además por el menoscabo del poder temporal de la Santa Sede. En el momento en que las armas republicanas invadian el territorio italiano, el papa, totalmente absorto en el gobierno espiritual de la Iglesia, acababa de publicar la bula *Auctorem fidei*, donde condenaba las doctrinas del sínodo de Pistoia, como renovando los errores de Wicleff, Lutero, Bayo, Jansenio, Quesnel y las tendencias cismáticas de la declaracion del clero galicano en 1682. Tal era la situacion del papa en la primavera de 1796, cuando desde la cima de los Alpes, el general Napoleon Bonaparte dirigió su primera arenga á sus tropas. « Soldados, estais desnudos y mal » alimentados. El Directorio os debe mucho, y no puede daros » nada. Mirad esas hermosas campiñas: todas os pertenecen. » En ellas hallaréis honras, gloria y riquezas. » Las victorias de Montenotte, Lodi, Castiglione, Rívoli y Arcole respondi-

ron á los acentos de aquella elocuencia militar, cuyo secreto había sorprendido el estudiante de Brienne estudiando Plutarco, Tito Livio y Tácito. Bonaparte se mostró tan hábil político como gran capitán. El tratado de Rastadt en noviembre de 1797, donde el joven vencedor dictó las condiciones de paz, creaba y organizaba la república Cisalpina, y concluía con el Austria y la Cerdeña una pacificacion onerosa para estos dos países.

19. Las negociaciones con el papa tenían que dar resultado mas desgraciado. En vano el vencedor de Arcole había enviado á Pio VI un mensajero encargado de transmitirle estas palabras: « Decid á Pio VI que Bonaparte no es un Atila; y que » aun cuando lo fuese, el papa debería acordarse que es sucesor de san Leon. » El Directorio fijó á treinta millones de escudos la suma que había de pagar la Santa Sede, si no quería verse despojada de todos sus dominios de Italia. Se le tomaban además las Legaciones de Urbino. Por mas duras que fuesen estas condiciones, era necesario someterse. Todos los órdenes del Estado rivalizaron en generosidad y celo para completar las sumas enormes que la victoria, abusando de sí misma, quería sacar de los Estados romanos. Pio VI hizo llevar todo su servicio de plata y demás objetos de oro y plata á la casa de la Moneda; y este noble ejemplo fué imitado por todos sus vasallos. Entretanto, comisarios enviados por el Directorio llegaron á Roma, y en nombre de Talleyrand, indigno obispo de Autun, ministro de Estado de la República, declararon que por artículo preliminar de paz, se exigía del papa la retractacion de los breves con que condenaba la *constitucion civil del clero*. Los cardenales, convocados por el papa, declararon que no era posible acceder á tal demanda, porque fuera trastornar la doctrina de la Iglesia. No podía haber decision mas conforme á las intenciones de Pio VI y á sus sentimientos piadosos. « Hallamos, dijo, mas brillante la corona del mar- » tirio que la que actualmente llevamos en nuestras sienas. » Esta expresion era profética; y fué la regla de conducta del heroico pontífice.

20. El 12 de febrero de 1798 entraron en Roma los Fran-

ceses bajo el mando de Berthier, plantaron un árbol de la libertad en la plaza de San Pedro, y el 15 el general Cervoni se presentó en el Vaticano ante el vicario de Cristo, para anunciarle que no era ya soberano temporal. Como se embarazase el general en su exordio: « Adelante, caballero, le dijo Pio VI, » exponed sin tanto preámbulo vuestra comision: aquí estamos ya preparados á todo. » Cervoni volvió á tomar el hilo de su discurso, afirmando que seria solemnemente garantido el culto católico, y quedaria en toda su plenitud é integridad la autoridad espiritual de la cabeza de la Iglesia. El papa le interrumpió: « Caballero, esta autoridad nos ha sido dada por » Dios, y no nos la puede quitar ningun poder humano. » El general se esforzó en justificar lo que se habia hecho en cuanto á lo temporal. El papa respondió á todo con gran pausa y tino, é hizo ver que los hechos proclamaban claramente su lealtad y la injusticia del Directorio: en seguida despidió muy cortemente al general. El papa debia de tener una guardia de quinientos hombres; pero el 16 de febrero fué licenciada repentinamente, y el papa declarado preso en su palacio. Se quiso obligar al soberano pontífice á que pidiese él mismo su alejamiento de Roma; pero jamás consintió, y el 17 de febrero se le intimó formalmente la orden de irse á la Toscana, amenazándole que si no se iba él mismo, se le conduciria con fuerza armada. « Pero si apenas estoy convaleciente, repuso el mártir; yo no puedo abandonar mis pueblos ni mis deberes; yo » quiero morir aquí. — Moriréis do quiera que sea, le replicó » Haller, comisario del Directorio, con feroz brutalidad; si no » os pueden persuadir las medidas de atencion, os persuadirán » las de rigor. » Separado con algunos servidores fieles, Pio VI quedó traspasado de dolor: entró en su oratorio, se puso en oracion, y volvió á parecer con su ordinaria serenidad. « ¡Dios » lo quiere, Dios lo quiere! dijo. Preparémonos á sufrir cuanto » nos depare la Providencia. » Y durante las cuarenta y ocho horas que aun pasó en Roma, no cesó de trabajar en los negocios de la Iglesia. En la noche misma de su salida, 20 de febrero de 1798, el comisario francés que habia adelantado el dia,

halló á Pio VI postrado al pié del crucifijo. « Despachaos, » exclamó el impaciente ejecutor de aquella sacrilega sentencia; y apresurándole para que bajase la escalera del Vaticano, no le perdió de vista hasta que subió al carruaje que le estaba esperando. Así fué arrancado este venerable pontífice de su palacio, y conducido al lugar aun no conocido de su destierro y suplicio, al través de las tinieblas de una noche desastrosa, cuyo horror aumentaba una gran tempestad.

21. El 25 del mismo mes el papa llegó á Sena, en donde se le alojó durante tres meses en el convento de los Agustinos. El 2 de junio siguiente fué transportado á la Cartuja, cerca de Elorencia. Sin embargo, aun daba celos al Directorio la presencia del papa en Italia, y se pensó en hacerle venir á Francia. El 1º de abril de 1799 se le condujo á Parma: se hallaba en estado tan alarmante que sus médicos protestaron contra nueva translacion. El comisario francés entró hasta la alcoba del agosto enfermo, hizo descubrir la cama del papa, le estuvo mirando y registrando con aquella brusca brutalidad que tan bien cuadraba á su mision; se salió, y volvió muy pronto á entrar diciendo: « Muerto ó vivo es menester que » salga. » El duque de Parma tuvo la cobardía de suministrar á los Franceses una tropa de satélites para escoltar el papa á Turin. Queriendo justificarse para con el papa, atribuyendo su conducta á la opresion en que tambien se hallaba él mismo: « Serenísimo príncipe, le respondió el mártir, los Judíos pro- » pusieron el mismo argumento cuando deliberaron el partido » que habian de tomar sobre Cristo. Decian: *Vendrán los Romanos y arrasarán nuestra ciudad.* Permítame V. A. que le » diga el comentario de san Agustin sobre estas palabras: » Temieron perder su autoridad y no pensaron en la vida » eterna; y así perdieron una y otra. » Pio VI llegó el 22 de abril á la capital del Piamonte, y al dia siguiente supo que su destierro era á Francia. « Iré á donde quieran llevarme, » exclamó levantando sus ojos al cielo. El 26 fué sacado por la noche: para hacerle atravesar el monte de Ginebra se le puso en unas groseras parihuelas, hallándose durante cuatro horas

suspendido en medio de los abismos y penetrado de un viento glacial. Fué separado en Brianzon de los fieles compañeros de su martirio. Llegado á Valencia del Delfinado, el 14 de julio, desplegó un valor heróico. « Nada son mis padecimientos físicos, decia, en comparacion á las penas de mi corazon. ¡ Los cardenales y los obispos dispersos! ¡ Roma! ¡ mi pueblo! ¡ la Iglesia! hé aquí lo que dia y noche me atormenta. ¿ En qué estado los voy á dejar? » A penas tan amargas se juntaron nuevas persecuciones. El Directorio habia mandado que el papa fuese transferido á Dijon, y prohibió expresamente que se detuviese en Lyon. Pero la enfermedad de Pio VI habia hecho tales progresos, que el menor movimiento podia acelerar el momento fatal: se vieron pues obligados los del gobierno á dejarlo en Valencia. El 13 de agosto se manifestó una mejoría engañosa en el augusto enfermo, y una muchedumbre inmensa pedia, bajo las ventanas del aposento del papa, el favor de su postrera bendicion. Los oficiales querian retirar la gente, pero temiendo un motin suplicaron al pontífice se asomase á la ventana y se mostrase al pueblo. Pio VI, mas seguro de su docilidad que de sus fuerzas, se hizo llevar á un balcon, revestido de sus ornamentos pontificales, y en presencia de la enternecida muchedumbre exclamó con voz sonora: *Ecce homo!* y dió con amor su última bendicion. El 29 de agosto de 1799, Pio VI espiraba, rogando por la Francia. « ¿ No era de creer, » dice Ranke, que se acabó ya el pontificado romano? » Sin duda, si se habia de juzgar humanamente; pero Dios, en medio de las mas desastrosas y amenazadoras circunstancias, velaba, segun su promesa infalible, por los destinos inmortales de su Iglesia. Nunca está mas cerca del puerto la barquilla de san Pedro que cuando parece sumergida por la borrasca.

## CAPITULO VII.

## SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE PIO VII (14 de marzo de 1800-29 de setiembre de 1823).

1. Eleccion del papa Pio VII. — 2. Concordato. — 3. Bula *Ecclesia Christi*. Cisma de la Iglesiascita. Bula *Qui Christi Domini*. — 4. El cardenal Caprara en Francia. Traslacion del cuerpo de Pio VI á Roma. El concordato es ratificado por el Cuerpo legislativo. Ceremonia de la reapertura de las iglesias en Francia. — 5. Asesinato del duque de Enghien. — 6. Carta del emperador á Pio VII. Casamiento religioso de Napoleon y Josefina. — 7. Coronamiento del emperador. Permanencia de Pio VII en Paris. Su regreso á Roma. — 8. Memoria dirigida por el papa al emperador. Respuesta de Napoleon. — 9. Casamiento de Jerónimo Bonaparte. Firmeza del papa. Se vuelven á quitar á la Santa Sede Benevento y Ponte-Corvo. Pésaro, Fano, Sinigaglia y Civita-Vecchia son ocupados militarmente por órden del emperador. — 10. Paz de Tilsitt. Nueva usurpacion de Napoleon contra la Santa Sede. — 11. Entrada del general Miollis y de las tropas francesas en Roma. — 12. Bula de excomunion *Quum memoranda die*. — 13. El papa es transportado á Savona. — 14. Comision eclesiástica nombrada por el emperador. Carta al papa cautivo. Respuesta de Pio VII. — 15. Divorcio de Napoleon. Su segundo casamiento con María Luisa. — 16. Conversacion de Napoleon con el abate Emery. — 17. Diputacion de cuatro obispos al papa. Concesiones sonsacadas á Pio VII. — 18. Primera parte del concilio de Paris. Arrestacion de los Ilmos. señores Boulogne, Hirn y de Broglie. — 19. Segunda parte del concilio de Paris. Decreto de este concilio. Pio VII lo ratifica. — 20. Campaña de Moscou. 21. Nuevo concordato de 1813, arrancado por fuerza al papa. — 22. Pio VII retracts el concordato de 1813. — 23. Restauracion. — 24. Regreso de Pio VII á Roma. Restablecimiento de los Jesuitas. — 25. Los Cien Dias. — 26. Últimos actos y muerte de Pio VII.

§ II. PONTIFICADO DE LEON XII (28 de setiembre de 1823-10 de febrero de 1829).

27. Leon XII elegido papa. Su primera alocucion á los cardenales. — 28. El liberalismo en Europa. — 29. El conde José de Maistre. — 30. El vizconde de Bonald. — 31. Tentativas galicanas en Francia. El abate Lamennais. — 32. Concordato con el Hanovre. Muerte de Luis XVIII. — 33. El señor Feutrier. — 34. Muerte de Leon XII.

§ III. PONTIFICADO DE PIO VIII (31 de marzo de 1829-30 de noviembre de 1830).

35. Eleccion de Pio VIII. Enciclica á todos los obispos de la cristiandad. — 36. Conquista de Argel. Revolucion de 1830. — 37. Conversacion de Monseñor de Quelen con Luis Felipe. — 38. Muerte de Pio VIII.

§ IV. PONTIFICADO DE GREGORIO XVI (2 de febrero de 1831-1º de junio de 1846).

39. Eleccion de Gregorio XVI. Primeros actos de su pontificado. — 40. Adminis-